

algo engañoso, ya que aunque se llame “acercamiento diacrónico o histórico-crítico” se incluyen términos como “canonical criticism”, “deutérose” o “nouvelle critique”, entre otros, que corresponden más bien a un tipo de acercamiento sincrónico.

En la tercera parte se adoptan, como hemos notado, dos tipos de estructuración (una temática y otra alfabética, con definiciones de términos). Las secciones temáticas contienen un buen resumen sistemático de los acercamientos que presentan (análisis narrativo, retórico y epistolar). En realidad, esta tercera parte corresponde solo parcialmente con el título de la sección (“acercamientos sincrónicos”), ya que se abordan solo ciertas modalidades del estudio sincrónico de la Escritura dejando sin tratar otro tipo de acercamientos (como el semiótico o el figurativo). La cuarta parte de esta obra ofrece un interesante resumen de vocabulario relacionado con el mundo de la exégesis. Se trata más bien de una especie de cajón de sastre, en el que algunos términos (como “inspiration” o “inerrance”) encajarían directamente en la primera parte, y otros podrían integrarse bien en la segunda o en la tercera (el término “mot-crochet”, por ejemplo, habría tenido su lugar quizás en la parte tercera).

En fin, estamos ante una obra recomendable, práctica y útil tanto para estudiantes como para personas interesadas en mejorar su formación bíblica. El tamaño reducido ha obligado a tomar decisiones en la presentación de los temas que, normalmente, han sido bastante acertadas. Agradecemos, pues, a los editores y autores el trabajo y el esfuerzo sintético demostrado y esperamos poder disponer pronto de una traducción castellana de este breve diccionario.

CARLOS GRANADOS

M. MORGEN, *Les épîtres de Jean* (Commentaire biblique: Nouveau Testament 19; Paris, Cerf, 2005) 264 pp. ISBN 2-204-07643-0

Dentro de la colección de comentarios bíblicos de Cerf nos llega esta obra dedicada a las cartas de Juan. Su autora, Michèle Morgen, especialista en los escritos joánicos, es profesora de exégesis de Nuevo Testamento y directora de la “École doctorale de théologie et de sciences religieuses” de la Universidad Marc-Bloch (Estrasburgo).

Cosa frecuente en las obras dedicadas a las epístolas joánicas, el tratamiento de la primera supera ampliamente —como es natural, dada su extensión— al de las otras dos; no sólo en el comentario (en el caso que nos ocupa: 166 páginas para 1 Jn, frente a 18 y 17 de 2 y 3 Jn) sino también en el capítulo introductorio, donde hay algunos párrafos dedicados en exclusiva a la primera carta.

Tras una lista de abreviaturas (9-12) encontramos la bibliografía general (13-19), dividida en “Comentarios a las epístolas joánicas”, “Estudios sobre las epístolas joánicas y sobre el joanismo en general” y “Otros estudios”. A continuación viene la “Introducción” (20-44), sobre la que nos detendremos más adelante. Sigue el comentario a las tres epístolas (45-245); el de la primera se atiene a la división estructural propuesta en la Introducción. Para la explicación del texto la autora procede siempre en cuatro fases: traducción de cada perícopa, bibliografía específica de esa perícopa (con lo

que se completa la bibliografía general inicial), interpretación y notas (de orden predominantemente filológico). La visión que con todo ello ofrece del texto comentado no puede ser más completa. La obra se cierra con un índice de autores modernos (247-250), otro de citas bíblicas y de literatura antigua (AT, NT, Pseudepígrafos del AT, Qumrán, Filón, Literatura rabínica, Literatura griega y latina, Literatura cristiana antigua: 251-260) y un índice temático (261-262), a los que sigue el índice de materias (263-264).

El capítulo introductorio contiene diez epígrafes dedicados a: género literario, autor, modo de composición y de escritura, relaciones entre 1 Jn y Jn, ocasión y finalidad de las epístolas, fuentes, estructura de 1 Jn, la transmisión del texto, testimonios patrísticos y canonicidad, y la visión teológica de las epístolas joánicas. Nos detenemos brevemente en algunos de estos puntos. En cuanto al género literario, Morgen distingue entre una epístola (1 Jn) y dos cartas (2-3 Jn), si bien por comodidad se refiere al conjunto como “epístolas joánicas” (22). En lo referente al autor, considera como tal a la “escuela joánica” (23). “Las tres epístolas y el cuarto evangelio no han sido compuestos por un mismo individuo, sino por ‘autores’ que pertenecían a un mismo círculo joánico” (24). Con ello ya adelanta su opinión acerca de la relación entre 1 Jn y Jn; para la mayoría de los estudiosos, “la primera epístola de Juan se comprende en referencia al cuarto evangelio que la precede” (27). Pero Morgen, sin oponerse a ello, considera ante todo 1 Jn en sí misma, como una exposición teológica destinada a comentar el dato joánico fundador: el testimonio original de un discípulo (28).

En cuanto a las fuentes de 1 Jn, la autora enfoca la cuestión desde una perspectiva diversa a la de otros autores. Los enunciados aparentemente contradictorios forman parte de una estrategia interpretativa; los textos “paralelos” responden a una finalidad didáctica. “El análisis de las diferentes perícopas mostrará cómo el autor joánico procede a modo de comentario exegético; si retoma enunciados para volverlos a decir de manera diferente, en paralelo, en antítesis o en modo de inclusión, es porque emplea procedimientos de escritura que apuntan a un género literario de exposición, de comentario y de explicación... El procedimiento de reescritura así detectado marca el desarrollo de una progresión paulatina de la exposición; no se trata por tanto ni de la utilización de una fuente ni de la intervención de otro redactor, sino de la didáctica puesta en práctica a lo largo de todo un escrito (32).

La estructura de 1 Jn propuesta por Morgen es también original; se articula en torno al verbo “permanecer” (24 veces entre 2,6 y 4,16). Distingue, tras el Prólogo (1,1-4) y el Anuncio (1,5), una primera parte: “Conocerlo y permanecer en él” (1,6-2,29); segunda parte: “Permanecer en él y tener la vida, por el amor” (3,1-4,6); tercera parte: “Permanecer en el amor de Dios” (4,7-5,12); tras ella viene el epílogo: “La acogida de la vida eterna” (5,13-21). Tres temas principales recorren la carta; merece la pena reproducir la explicación de la autora: “Como por ondulaciones, la epístola está atravesada por el tema de la luz, del amor y de la vida. Los tres términos no están escogidos al azar; pues organizan la epístola. Los dos anuncios “Dios es luz” (1,5) y “Dios es amor” (4,16) parecen ser los temas mayores de la exposición. El tema de la luz es empleado en 1,5-2,11; el tema del amor se extiende sobre el conjunto del capítulo 4, donde se despliega al término de la demostración, aunque ya ha

sido abordado previamente. Dicho de otra forma: los dos enunciados sobre la luz y sobre el amor (1,5 y 4,16) no delimitan —hablando estrictamente— las dos partes, tal como lo concebiríamos para un texto moderno. Se entienden más bien como el paso de la luz al amor” (34-35). Notable interés tiene la semejanza, en este punto, entre 1 Jn y Jn: “En la primera parte del evangelio de Juan, también, hallamos que el tema de la luz es relevado por el tema del amor. Es cierto que este último está ya presente en la primera parte del evangelio, pero su desarrollo se halla sobre todo en los capítulos 13-17. En el evangelio de Juan, como en la epístola, los dos temas de la luz y del amor se entrecruzan para desembocar de hecho en una definición de la vida. El autor invita a tomar parte... en la vida que viene de Dios y que se manifiesta en el Hijo, tal como lo expresa en la finalidad dada a su escrito (1,1-4)” (35).

Esta estructura de la epístola tiene su significado: “El paralelismo entre el comienzo y el final de la epístola revela el proyecto de escritura teológica del autor y el objetivo perseguido por su escrito. El prólogo (1,1-4)... anuncia la manifestación de la vida eterna como un elemento fundamental del testimonio creyente. (...) Al final de la carta (5,13-21) el autor reitera la proposición de participación en la vida eterna (5,13); ayuda a los destinatarios a reconocer la vida eterna en Jesucristo, el Dios verdadero (5,13-21). El motivo de la vida eterna enmarca la epístola...; es relanzado en 2,25 antes de que comience una segunda parte de la epístola. (...) En un segundo momento de la demostración, el autor no abandona el tema de la vida, sino que lo aborda mediante otro motivo. La insistencia conduce a la afirmación de la vida donada en el Hijo: “Este ha dado su vida (en griego: *psuchè*) por nosotros” (3,16). Esta declaración expresa la manifestación suprema del amor y la pone como fundamento de la obligación de amar al hermano (3,17). Desde el capítulo 3 se pasa por tanto del tema de la vida al tema del amor, pero el despliegue de este segundo tema se realiza sobre todo en el capítulo 4, como conclusión de la tesis. La asociación y la combinación de los temas de la Vida, la Luz y el Amor son particularmente destacables. El anuncio “Dios es luz” (1,5) se une a la afirmación “Dios es amor” (4,16); uno y otra explican el despliegue de la vida (1,1-2; 2,25; 3,14-15; 5,11-12) y las condiciones de su recepción, es decir, de la comunión con Dios” (35). De modo que la “vida” es central en este escrito: “Presente al comienzo, en el centro y al final de la epístola (como también del evangelio, por lo demás), el motivo de la vida comunicada y el interés por las condiciones de esta participación creyente en la vida/vida eterna atraviesa el escrito. En definitiva, se puede ligar todo lo que acabamos de evocar, o por lo menos lo esencial de estas pistas destinadas a comprender la articulación de la primera epístola, en una expresión teológica que resumiría bien la tesis del autor: en el sintagma ‘permanecer en’” (35-36).

Sirvan estos pasajes de la Introducción como botón de muestra de la perspectiva adoptada por la autora de este comentario y de las conclusiones a las que llega. Al final de esta Introducción Morgen ofrece una síntesis conclusiva de la epístola, que manifiesta la profunda unidad de los diversos temas que la recorren: “A causa de Jesucristo, por medio de y desde Jesucristo, la comunión con Dios se verifica en la comunión de los unos con los otros; a esta práctica de la justicia (y del mandamiento) son llamados en adelante quienes se llaman hijos de Dios” (43).

La obra, en fin, nos merece una elevada valoración, como el lector ya habrá deducido; creemos que este comentario, científico y por ello espiritual (tal como corresponde a estos escritos bíblicos), representa por su profundidad y rigor una aportación a los estudios joánicos, y en particular a la literatura sobre las cartas, de la que en adelante no se debe prescindir.

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO

J. REED, *El Jesús de Galilea* (Biblioteca de Estudios Bíblicos. Minor 7; Salamanca, Sígueme, 2006) 166 pp. ISBN 84-301-1582-X

El libro se centra en la arqueología de Galilea del s. I y en algunas de las implicaciones que los descubrimientos realizados en este área tienen para el estudio del Jesús histórico. Da a la arqueología de la zona y a la cultura material que ésta pone al descubierto un papel más relevante del que se le suele dar, y utiliza sus resultados para establecer una base sobre la que se pueden analizar las tradiciones cristianas primitivas. El autor reconoce que “el eje del libro es el registro arqueológico”, pero deja claro que “no pretende responder a preguntas formuladas por los estudios sobre los evangelios” (p. 266). Los textos evangélicos no indican las preguntas sobre las que se desarrollan los estudios arqueológicos relativos a Galilea en el s. I, pero estos pueden responder a algunas preguntas que aquellos se hacen utilizando a la cultura material descubierta como medios para recrear el entorno de Jesús y su movimiento, a la vez que plantean también cuestiones importantes en la investigación del Jesús histórico.

La obra reconstruye el escenario galileo, apoyándose, casi de forma exclusiva, sobre los descubrimientos arqueológicos, aunque también utiliza la sociología, la teoría de la religión o la antropología cultural, una exégesis de textos de Flavio Josefo o la literatura rabínica.

El libro está dividido en tres partes: la primera hace una caracterización general de la Galilea en el s. I, construyendo un escenario general donde leer los textos evangélicos en contexto. El primer capítulo parte de los resultados de las excavaciones arqueológicas. La cultura material, diferente a la del entorno gentil, que se ha puesto de manifiesto en los yacimientos establece la etnicidad y religión judías de sus habitantes y el mantenimiento de vínculos estrechos con Judea. Los “indicadores arqueológicos” de esa identidad judía son: la presencia abundante de baños rituales o *miqvaot* en las casas, la ausencia de restos de cerdo, las prácticas funerarias (enterramientos secundarios en osarios), y los objetos domésticos relacionados con la pureza (objetos de piedra). Todo ello, junto a la ausencia casi total de población del s. VII a.C. al II a.C. (de la conquista asiria a la época asmonea), que es cuando comienzan los núcleos de habitación, le lleva al autor a proponer un origen étnico y religioso en estrecha conexión con Judea. Según la tesis bien razonada y argumentada de Reed, la razón sería que la mayor parte de Galilea fue repoblada por los asmoneos en el s. II a.C.